

EDUCACIÓN Y DESARROLLO HUMANO

Emilio Roger Ciurana

Departamento de Filosofía

Universidad de Valladolid

RESUMEN

En el texto se trata de re-pensar el concepto de "desarrollo" y mostrar sus ambivalencias, así como la visión reduccionista en que se encuentra, en nuestra civilización llamada "desarrollada". Por otra parte, se vincula el concepto de "desarrollo" con la idea de una sociedad del conocimiento que no es reductible a una sociedad de la información. Una sociedad del conocimiento solo es posible allí donde existe una democracia del conocimiento. Por último, se muestra una posible articulación entre la educación y un conocimiento basado en un pensamiento complejo.

ABSTRACT

In the text the main goal is to re-think the concept of "development" and show their ambivalences as well as the reductionist vision in which is our civilization "developing". On the other hand the concept of development is linked with the idea of a society of knowledge that is not reductive to a society of the information. A society of knowledge is just possible where a democracy of the knowledge exists. Finally, its shown a possible articulation among the education and a knowledge based on a complex thought.

El tema general de este número monográfico de Tabanque, yo diría que es el tema de nuestro tiempo, del tiempo que nos toca vivir: educación, desarrollo y cómo envejecer con dignidad. En ese sentido, yo me atrevo a decir que es el tema más humano y, al mismo tiempo, que más necesita ser re-pensado.

Vivimos en Occidente en sociedades desarrolladas; algunas de esas sociedades están incluso hiperdesarrolladas, su grado de sofisticación raya a veces lo increíble. Nuestra ciencia hoy progresa con una rapidez extraordinaria, acompañada de una no menos rápida evolución tecnológica. Vivimos la era de la tecnociencia. La ciencia biológica, en su propio desarrollo, ha entrado ya en el santuario más secreto del hombre: su código genético. Los progresos de la física son abrumadores a todos los niveles. Digámoslo claramente, el desarrollo

material de nuestra civilización es incuestionable. Esta ahí, lo vemos todos los días y, por qué no decirlo, lo disfrutamos. Si el desarrollo humano se redujese a ser un desarrollo en lo material, el *homo faber* podría estar muy orgulloso de sí mismo.

Ahora bien, palabras como la palabra “desarrollo” son palabras que no se pueden simplificar ni pensar de manera unidimensional. La palabra “desarrollo” posee una fuerte ambivalencia desde el punto de vista antropológico. Por un lado, hablamos de “desarrollo material”: el desarrollo tecnológico y científico, económico. De hecho, la llamada “globalización” en nuestra civilización está muy conectada a los motores de la ciencia, la tecnología y la economía. Un país “desarrollado” es aquel país potente en tecnología y economía. Al menos, ese es el criterio que usa mayoritariamente Occidente. No menos cierto es que una civilización basada en el consumo necesita del desarrollo en tecnología y una economía en la que los capitales y las inversiones multinacionales tengan mucha fuerza. Pero no olvidemos que ese desarrollo material de nuestra civilización occidental tiene un costo en degradación ecosistémica que, algún día, hará que nos planteemos si realmente compensa un desarrollo de lo material en paralelo a una degradación del medio tan brutal como la que estamos provocando. Hoy en día, ya existen gérmenes de intentos de frenar la degradación medioambiental; pero lo bien cierto es que los países superdesarrollados prefieren el desarrollo con degradación a, por el contrario, frenar o ralentizar la locomotora de la producción y del consumo.

Esto es suficiente para que veamos la parte subdesarrollada del desarrollo. Esa parte subdesarrollada del desarrollo es la parte que debería ir en paralelo y gobernar al desarrollo material. Me refiero al “desarrollo mental”. Incluso pareciera que ambos desarrollos, el material y el mental, van en líneas contrarias. Da la impresión de que nuestra civilización técnica está gobernada desde su propia inercia y autoimpulso: sin proyectos, sin ideas reguladoras, sin guías. Y lo curioso es que siempre deseamos más. Da la impresión de que la civilización occidental está borracha de desarrollo material, de progreso. Es tal la borrachera desarrollista que nos hace desenfocar la mirada: no vemos que solo somos un 20% de la humanidad los que estamos materialmente desarrollados. No vemos que nuestro desarrollo se monta sobre el subdesarrollo de otras partes del mundo. Se monta sobre la desesperación de más de la mitad de los seres humanos del mundo, desheredados de todo.

Una de las ideas que deben tenerse presentes: la civilización occidental es *insensible* al subdesarrollo de los otros. La geografía de la pobreza y del hambre en el mundo se expande cada vez más, en lugar de sufrir un proceso de recesión. Incluso hoy vuelven enfermedades que ya se creía erradicadas y, por supuesto, surgen enfermedades nuevas como el SIDA. Ciertamente es que el 90% de los que

sufren esta enfermedad viven en Africa, continente “subdesarrollado” por excelencia.

No está de más que recordemos que la pobreza de muchas partes del mundo hoy no es una pobreza crónica. Muchas zonas pobres del mundo han sido empobrecidas por la explotación colonial de los recursos que producían y por la posterior pérdida de valor de esos recursos. Es decir: primero se explota y después se devalúa la producción de los explotados.

Desde la *Utopía* de Tomás Moro, pasando por las obras de Marx, hasta las obras actuales de personas sensibilizadas con este tema del desarrollo, se nos dice una cosa importante: el subdesarrollo humano no solo es material, es un subdesarrollo moral, es un subdesarrollo de la mente o del alma.

Hay dos aspectos fundamentales en torno a la concepción Occidental del desarrollo: por un lado, nos encontramos con un mito, la creencia de que las sociedades que llegan a industrializarse de forma potente alcanzan el bienestar, reducen desigualdades sociales y facilitan al individuo el máximo de felicidad posible. Por otra parte, el segundo aspecto fundamental es la creencia de que el crecimiento económico es el motor necesario y suficiente de todos los demás desarrollos: sociales, psíquicos, morales. En el fondo, se trata del mito tecnocómico tan caro al llamado “pensamiento único”. El pensamiento de nuestros modernos dirigentes occidentales y de su corte de especialistas. Los problemas de identidad, de comunidad, de solidaridad, de cultura no afectan a los modernos decisores tecnopolíticos. Y, si afectan, lo es en la medida en que se nos llenan los países occidentales de gentes de otros lugares y de otras culturas: extranjeros. Pero no deseo entrar en la problemática de la inmigración y de la identidad.

Vuelvo al tema del desarrollo y de nuestra civilización hiperdesarrollada en lo material y subdesarrollada en lo espiritual. Digámoslo claramente: si hay algo subdesarrollado es la palabra “desarrollo”. Cuando decimos “subdesarrollo”, no nos damos cuenta de que esta palabra encubre la pobreza y abstracción de la palabra “desarrollo”. Palabra ligada a una fe ciega en la irresistible marcha del progreso. Una marcha ciega que oculta dudas y la barbarie materializada en el subdesarrollado desarrollo del desarrollo. De hecho, el intento de aplicación del modelo occidental de desarrollo y de progreso a todas las culturas del mundo nos confronta con la inviabilidad de estas recetas en ciertas regiones del planeta: no solo trasladamos nuestros propios males civilizacionales y nuestras cegueras, sino que además destruimos culturas milenarias y saberes arcaicos. Saberes que una concepción del progreso como la occidental rechaza porque son saberes “subdesarrollados” y precientíficos. Si esos saberes están bien adaptados al medio en el que viven esas culturas no nos importa a los occidentales.

La fenomenología existencial de nuestra civilización es la fenomenología de una mentalidad del progreso y del desarrollo que hoy comienza a mostrar su

cara y su complejidad. El desarrollo tecnológico nos invade y entra en nuestra intimidad y en nuestra cotidianeidad: la lógica de las máquinas artificiales es la lógica que organiza mecánicamente nuestra vida y nuestro tiempo. Ya no tenemos tiempo para nada. Vivimos cronometrados y, cada vez, los seres humanos nos comunicamos menos. El dinero cada vez nos hace menos solidarios, porque cada vez necesitamos sumas más fuertes de dinero para sobrevivir en la civilización del consumo y de la tarjeta de crédito. Cada vez somos más individualistas y menos solidarios.

Se puede afirmar lo siguiente: el revés del desarrollo es que la carrera por el crecimiento cuesta la degradación de la calidad de vida en beneficio de la lógica de la competitividad. Estamos enjaulados dentro de enormes estructuras tecno-burocráticas que nos dominan, y para las que los problemas individuales, concretos, singulares, de cada uno de nosotros, son inexistentes. Estructuras tecno-burocráticas totalmente desapegadas de los individuos concretos, pero cuya lógica nos domina.

Vivimos un malestar dentro de la sociedad del bienestar. Nunca se han consumido más cantidad de psicotrópicos, antidepresivos. Cada vez hacemos más visitas al psiquiatra. La mayoría de las enfermedades tienen una entrada doble, como todos sabemos: una entrada somática y una entrada psíquica. Pero otra enfermedad que avanza cada vez más es de origen social y civilizacional: la enfermedad civilizacional que nos produce el malestar en ese estar viviendo en la atomización, el anonimato, la pérdida del sentido. En resumidas cuentas, la enfermedad de una civilización en la que lo único que asciende es el nihilismo (O. Paz) o la insignificancia (C. Castoriadis).

Anonimización, atomización, mercantilismo, degradación moral, malestar. Todos estos elementos progresan juntos, en nuestra civilización hiperdesarrollada en lo material y subdesarrollada en lo intelectual.

Y es que el mayor subdesarrollo del ser humano hoy es el subdesarrollo de la mente, el subdesarrollo del alma: es un subdesarrollo moral e intelectual (sobre todo, el subdesarrollo moral e intelectual del mundo desarrollado). Dicho de otro modo, hoy necesitamos desarrollar ese concepto subdesarrollado de desarrollo que hace del crecimiento tecno-industrial “la panacea de todo desarrollo antropo-social” (Morin-Kern) Y, en este sentido, surge, de forma muy natural, el papel de la educación en esta era en la que vivimos. Una era que sin duda es una era planetaria.

Digo que vivimos en una era planetaria y no digo “globalizada”, porque me parece que la llamada globalización es el estadio último de un proceso de planetarización que solo ha avanzado en lo tecno-económico. En ese sentido, una educación para una era planetaria debe ser una educación en la que lo antropológico “total” prime sobre uno de los aspectos del ser humano, que es lo que se concreta en el llamado *homo oeconomicus* que surge del *homo faber*.

Fijémonos en lo siguiente (y se trata de algo que está hoy en día muy a carne viva): hoy en día, las llamadas humanidades están sufriendo un proceso de recesión en apoyo institucional a favor de las disciplinas teconocientíficas; al mismo tiempo, dentro de este proceso de la llamada “globalización”, cada vez hay más preocupación, por parte de los que dirigen el sector educativo en los países occidentales, por mantener el monopolio del sistema educativo. El monopolio de lo que hay que enseñar en las escuelas: se tiende a promover el aprendizaje de lo técnico, de todo el instrumental que aportan las disciplinas informáticas y, cada vez, se desprecia más todo aquello que tiene que ver con los conocimientos humanísticos y con contenidos que vayan más allá de lo meramente instrumental y formal. Es como si a los estudiantes se les quisiera inculcar la idea de que lo que deben aprender son los modos informáticos de proceder (lógica de la máquina), sin tomar consciencia de ningún tipo de contenido ni del para qué. Es decir, se trata de saber manejar un ordenador: no importa lo que procese ese ordenador. En ese sentido, la educación que se promueve desde las instituciones es una educación que sitúa al individuo en esa nueva era en la que estamos, pero sitúa al individuo sin contenidos, sin hacerlo capaz de crítica alguna. Se educa para moldear, para acoplar. No se educa para pensar ni para capacitar la aptitud crítica. Es obvio el por qué, en esta era de globalización neo-liberal y de pensamiento llamado “único”, ello se produce así. Para comprenderlo debemos hablar de dos elementos fundamentales y necesarios hoy: el desarrollo de una verdadera sociedad del conocimiento y el desarrollo de una verdadera democracia cognitiva. Solo desarrollando ambos elementos, podremos pilotar un proceso de planetarización realmente antropológico, y no un proceso de planetarización gobernado por expertos, tecnócratas y cientócratas. Solo desarrollando una sociedad del conocimiento y una democracia cognitiva, podremos recuperar el papel de la política en su sentido pleno. Política como diálogo, discusión, crítica y autocrítica.

Es cierto que hoy en día se habla de la “era de la información”. Ahí está esa magna obra escrita por Manuel Castells. Pero, cuando decimos “sociedad de la información”, “sociedad del conocimiento”, ¿qué queremos decir? Es obvio que estamos bombardeados continuamente por múltiples informaciones. No menos obvio es que la mayoría de las veces no sabemos qué hacer con esas informaciones. Y no sabemos qué hacer con ellas, porque no sabemos organizar la información. Uno de los papeles fundamentales de la educación hoy debe ser el papel de enseñar a articular y organizar la información, para así crear conocimiento. Posee conocimiento no aquél que recibe información sino aquél que sabe articular la información y organizarla. Y para ello se imponen dos procesos: un proceso de democratización del conocimiento y un nuevo tipo de educación, que haga que los individuos que salgan de nuestras escuelas no salgan hemipléjicos intelectualmente, sino que salgan con una mente capaz de reflexionar articulando y teniendo sentido del todo y de las partes, de lo local y

de lo global. Es decir: mentes articuladoras, frente a mentes escindidas, sin capacidad de establecer comunicación entre lo instrumental y los contenidos. Mentes, estas últimas, subdesarrolladas.

Digamos algo sobre la democracia del conocimiento: si realmente queremos ser genuinos actores sociales y queremos tener capacidad de decisión sobre nuestro futuro, necesitamos saber. En ese sentido, necesitamos conocer y tener acceso al conocimiento. Única forma de, como ciudadanos, tener capacidad de poder: de poder decidir y hacer algo. Capacidad de decisión y de opinión más allá de la “opinión pública”, publicada por los medios de información. Una democracia cognitiva es el único medio para que la gente pueda opinar de forma no inducida por las imágenes creadas por los medios de comunicación. De no ser así, la llamada “opinión pública” es la opinión generada y publicada por los medios de publicación, sin tener nada que ver con la opinión del público. Y una cosa es tener información y pensarla por uno mismo, y otra muy diferente es estar “informado” por los medios de información. En ese sentido, una “sociedad de la información” es una sociedad que debe acceder a ser “sociedad del conocimiento”: una sociedad en la que la ciudadanía posee capacidad crítica más allá de la visión, siempre interesada, que proporcionan los medios de información.

Ya lo vio Kant en su tiempo: o a uno lo tutelan (venía a decir en su famoso artículo titulado “¿Qué es la ilustración?”); o uno toma conciencia de que es un ciudadano y un actor social y, por lo tanto, está obligado a ilustrarse, por su bien particular y en beneficio de la sociedad entera. Y, en este sentido, el Estado dejará de tutelar a los ciudadanos cuando se comience a producir un desarrollo cognitivo de la sociedad civil: cuando se democratice el conocimiento. Cuando el abismo que hoy existe entre ignorantes y cognoscentes vaya superándose.

La existencia de una sociedad del conocimiento exige un enorme esfuerzo e interés por parte de los ciudadanos, exige una enorme responsabilidad ciudadana. Al mismo tiempo, se trata de algo que, para los expertos, los tecnócratas y los decisores políticos, es algo no aconsejable, por no decir absurdo. Sin duda está en juego la cuestión del poder, de la decisión y de la responsabilidad sobre el futuro.

Una sociedad del conocimiento es aquella sociedad en la que los saberes se difunden más allá de las universidades y las escuelas, y más allá de la edad en la que somos “estudiantes”; porque estudiantes somos siempre: la educación o es educación permanente o no es educación. La educación es y debe ser un proceso sin término porque los seres humanos debemos evolucionar al mismo tiempo que evolucionan nuestras circunstancias. Mejor dicho: debemos co-evolucionar con nuestras circunstancias y favorecer nuevas circunstancias queridas por nosotros.

Los saberes deben difundirse más allá de las murallas universitarias y de las escuelas. Para ello, creo que cada vez se hace más necesaria la creación de instituciones intermedias e intermediarias, muy fluidas, entre la universidad y la sociedad. Porque creo que la universidad hoy se encuentra muy anquilosada estructuralmente y muy de espaldas a la sociedad. La universidad debe volver la mirada a la sociedad y devolver a la sociedad, en conocimiento compartido, aquello que la sociedad le aporta en ayudas económicas, etc. La universidad debe ser una universidad permanente y debe reciclar (poner siempre en ciclo) de forma permanente, los conocimientos. La universidad, como dice Edgar Morin, debe funcionar a tiempo completo. La universidad no solo debe acabar con su clausura de cara a la sociedad, sino con sus clausuras departamentales, en las que el saber, de tan dividido en especialidades, acaba vanalizándose. El saber debe descompartmentarse, debe entrar en comunicación.

EDUCACIÓN Y REFORMA DEL PENSAMIENTO

Me atrevo a afirmar lo siguiente: el conducirse bien en la vida depende de la educación que una persona recibe; y la forma en que educamos depende del modo en que pensamos. Depende del paradigma de pensamiento bajo el cual miramos el mundo y actuamos.

Antes he afirmado que los individuos que salen de nuestras escuelas salen con las mentes escindidas: cultura de letras o cultura tecnocientífica. Por separado, tanto unos como otros son unos incultos. No han recibido una buena educación. Se les ha enseñado a pensar unidimensionalmente. Se les ha disciplinado en una disciplina. Saldrán buenos especialistas: nada más. La palabra “transdisciplinaridad” no tiene ningún sentido para ellos. Todo lo más que podrán entender es la palabra “interdisciplinaridad”.

Una mirada al mundo actual nos muestra que la simplificación aún gobierna en las mentes de aquellos que deciden en el campo político y educacional, a pesar de los esfuerzos de gentes como el exsecretario de UNESCO, Federico Mayor Zaragoza, que apoyó manifestaciones y congresos en torno a nuevas aportaciones a un pensamiento que fuese más allá de la unicidad y la unidimensionalidad. La prueba empírica del gobierno de un pensamiento unidimensional, hoy la encontramos en este proceso de globalización que vivimos, y que se concreta en la globalización económica basada en una política neo-liberal, gobernada por un llamado “pensamiento único”. Lo cultural, lo existencial, los problemas de identidad, etc, no importan a este pensamiento reductor. Todo ocurre como si el “desarrollo” solo fuese el desarrollo tecno-económico; todo ocurre como si el progreso social estuviese en la capacidad de consumo que tenemos cada uno de los posibles consumidores de los productos creados por las grandes empresas multinacionales. Pero, al

mismo tiempo, resulta que los representantes de las grandes potencias tecno-económico-militares tienen que reunirse, a puerta cerrada, en lugares hipervigilados, para protegerse y no oír las protestas de los movimientos antiglobalización. Como si esa especie de mundo desarrollado que estas potencias pilotan fuese un mundo predeterminado al que hay que llegar cuanto antes y por las vías del neoliberalismo, caiga quien caiga. Como si otra globalización y otro tipo de desarrollo humano no fuesen posibles.

Sin duda alguna, los errores políticos, así como los errores éticos, son en parte errores epistemológicos. Producto de formas deficientes de pensar. La actual planetarización del mundo necesita de una paralela planetarización civilizacional. La globalización tecnoeconómica debe ser educada, debe ser civilizada. Para ello creo que necesitamos que la educación comience a formar a los individuos en otros modos epistemológicos de proceder. Allí donde la unidimensionalización gobierna hay que plantear otros modos de proceder intelectualmente:

1. Pensar organizacionalmente y en circularidad constructora.
2. Pensar de manera multidimensional, frente al pensar unidimensional y reductor de entidades complejas a entidades simples.
3. Pensar según un principio *dialógico* que nos haga situar, en un mismo espacio de pensamiento, procesos a la vez complementarios y antagonistas.
4. Pensar según un principio de unidad en la diversidad, y de diversidad en la unidad (*unitas multiplex*).
5. Pensar distinguiendo y uniendo allí donde solo aislamos y separamos.
6. Pensar de forma compleja allí donde gobierna la disyunción y la reducción.

Una forma *compleja* de pensar pone en marcha una serie de principios de pensamiento que pueden servirnos como guías de la acción:

- Principio de construcción en movimiento: puesta en práctica de un pensamiento en bucle, que va del todo a las partes y de las partes al todo. Del análisis a la síntesis, y de la síntesis a la análisis.
- Principio del bucle retroactivo: ruptura de la causalidad lineal.
- Principio de recursividad: un bucle recursivo es aquel cuyos productos son necesarios para la continuación del proceso. Esta es la base de la autoorganización y de la autoproducción.
- Principio dialógico: llamamos “dialógico” a aquel proceso relacional en el que, en un mismo espacio, concurren, de forma complementaria y antagonista, lógicas diferentes. Fomentar la

dialógica no es tanto fomentar el desorden, como fomentar la creatividad.

- Principio de integración del sujeto en la observación y el conocimiento.
- Principio de autonomía/dependencia: toda organización necesita de una apertura relativa del sistema, y de un relativo cerramiento.
- Principio hologramático: los individuos reflejamos la sociedad, al igual que la parte refleja la totalidad del holograma.

Para acabar, quiero hacer referencia a un elemento fundamental para toda concepción de la ética y de la política. Me refiero a lo que debe tener en cuenta todo pensamiento que no quiera ser reductor y unidimensional: la *ecología de la acción*. Es decir, el resultado final de una acción es incierto. Toda acción, desde que se ejecuta, entra en interrelación con otras acciones, dentro del medio en que actúa. Ello nos tiene que hacer presente un hecho fundamental: existe y existirá siempre un principio de incertidumbre respecto al resultado final de nuestras acciones. Una cosa es la intención del actante, y otra cosa es el resultado de la acción. Es necesario, por lo tanto, enseñar a pensar rompiendo con las causalidades lineales y tomando conciencia de las inter-retro-causalidades. Es necesaria la capacidad de reflexión, atención y vigilancia de cada uno de nosotros, para tratar de re-conducir nuestras acciones. en función no solo de los contextos, sino de las derivas que toman esas acciones.

Los seres humanos no somos “actores racionales” totalmente predictibles en nuestros actos. Los seres humanos somos una mezcla de sapiencia y de demencia, y no es muy fácil calibrar cuánto hay de cada una de esas dos cosas, en cada uno de nosotros. Por lo tanto, la educación para el ser humano del siglo XXI tiene que partir de la toma de conciencia de la complejidad humana. Esa toma de conciencia es fundamental para la emergencia de una ética, no de los grandes principios abstractos, sino una ética de la comprensión.

BIBLIOGRAFÍA

- Attali, J. y otros, *El mito del desarrollo*. Kairós. 1980.
- Beck, U. *¿Qué es la globalización?* Paidós.
- Morin, E. y Kern, A.B. *Tierra-Patria*. Kairós. 1993
- Morin, E. *La mente bien ordenada*. Seix Barral. 2001
- Morin, E., Motta, R.D., Roger Ciurana, E. *Educación en la era planetaria*. Universidad de Valladolid. 2002 (en prensa).
- Roger Ciurana, E. “Los saberes de la educación en el futuro”, en E. Luengo (comp.), *Educación. Mundialización y Democracia: un circuito crítico*. Universidad Iberoamericana. México. 2001
- Roger Ciurana, E. “La democratización del conocimiento y la educación de (en) la democracia”, en E. Luengo (comp.), op. cit. México. 2001